

Raquel Olea.

Corporación La Morada

Septiembre 1998.

## **PARA (RE )PRODUCIR A LA MADRE.**

### **Políticas públicas y producción cultural de mujeres en el neo-liberalismo chileno**

En este trabajo me propongo revisar algunos aspectos de la producción de identidad femenina-materna, en la transición chilena. Según mi perspectiva, ésta se produciría en el cruce que crean las alianzas que producen los discursos sociales con la producción de imágenes y signos que desde los mercados comerciales y simbólicas reproducen lo dominante. Por su parte, desde espacios intermedios emergen producciones críticas que refractan los discursos oficiales y ponen en tensión los cánones maternos. La figura de la madre escenifica en esta coyuntura, la crisis de una identidad femenina que, desde distintos discursos se desea (in)alterable. La producción de políticas públicas hacia las mujeres, colabora desde el gobierno, a configurar la identidad de una sujeto social moderna, deseada para los fines oficiales.

El contexto de esta reflexión es el de un país disciplinado. La convivencia democrática chilena se construye en una trama de dominación que teje relaciones de producción capitalistas, libre mercado, políticas públicas, medios de comunicaciones y una escena cultural masificada . Situación que opera nuevos sujetos y lugares sociales desde los requerimientos del sistema La transición chilena, entre otras funciones, ha operado remodelamientos, y transiciones de identidades y sujetos sociales hacia zonas útiles a los fines e intereses neo-liberales. Por su parte las producciones culturales interrogantes y críticas introducen una permanente, aunque minoritaria resistencia a la configuración mayoritaria de esas subjetividades conducidas y disciplinadas. Y aunque estos espacios permanecen excluidos del mercado, sin tribuna ni sanción; recluidas a lo minoritario del underground, su potencial alterador permite leer allí proposiciones críticas

portadoras de otro modo de convivir, de nuevas formas de organización de lo privado y lo público. Como efectos previsibles se han puesto en crisis conceptos y comportamientos de ética pública, modos de convivencia y familiar, conductas de género y normativas y signos de una organización social en cambio.

Si la dictadura militar había necesitado un cuerpo social controlado, vigilado en extremo, cercado y acosado por los guardianes del orden que se iniciaba, la transición democrática ha requerido un cuerpo social consensuado, para imponer, al amparo de la legitimidad de la ley, modos, modelos de conducta y valores necesarios al orden neo-liberal. No en vano la seguridad social ha sido uno de los temas más hablados por la transición. Las identidades de género no han escapado a ese requerimiento político y cultural, determinante del nuevo funcionamiento social; a poco andar de la democracia, lo femenino y lo masculino han sido objeto de revisiones y discursos morales, de nuevos mandatos sociales. Porque hoy, a ocho años de transición democrática, sabemos que en nuestro país la dictadura militar operó, en el decir de Tomás Moulian, una “dictadura revolucionaria” que “son un tipo específico y diríamos “superior” de dictaduras, nacen de la poderosa aleación entre Poder normativo y jurídico (derecho), Poder sobre los cuerpos Terror) y Poder sobre las mentes (saber)” (Moulian). Como también ha escrito Willy Thayer “Transición nombra propiamente para “nosotros”, entonces, no la transferencia de la administración gubernamental de la dictadura a la democracia, sino la transformación de la economía y la política que la dictadura operó: el desplazamiento del Estado como centro-sujeto de la historia nacional, al mercado ex-céntrico post- estatal y post-nacional” ( W. Thayer).

Fue la alianza “poder-terror-saber” de la dictadura, lo que trasladó el país hacia el proyecto neo-liberal que la actual democracia ha desplegado en toda su estridencia. El signo entonces de la consolidación del neo-liberalismo en Chile bajo la marca de lo post -dictatorial será el de las negociaciones política, económicas y simbólicas; refuerzo de un sistema que instalado a sangre, terror y fuego se limpia en consensos y en gestos re-conciliatorios de poderes hegemónicos, lavando con ello la memoria, y borrando culpas; todo ello como un modo de omitir la verdad y la justicia.

Re-instaurar la ley del padre-protector en desmedro del padre -verdugo ha sido el trabajo de los poderes postdictatoriales. Disciplinar cuerpos, goces, deseos, motivó por parte de la Iglesia católica la declaración de la primera crisis social en transición, la que debía ser controlada. En 1991 monseñor Oviedo, arzobispo de Santiago escribe una Carta Pastoral que busca subsanar una “Crisis Moral” La carta buscará disciplinar : 1-el sentido de la sexualidad humana y su desfiguración; 2.-las tendencias actuales a la inmoralidad, educación sexual y castidad; 3.- anticoncepción, aborto y divorcio 4.-la formación de la conciencia moral y su valor para la sociedad; 5.- la iglesia y su formación moral.

La declaración de “Crisis moral”, representa el momento histórico en que la Iglesia chilena cambia sus estrategias de poder al desplazar, negociar, en el nuevo contexto, su política de derechos humanos hacia una política de restauración de formas de moral tradicional en las relaciones de género y en la organización de la vida privada .Momento en que la Iglesia hace oír fuerte su voz de poder determinante, en la negociación de los valores que constituirán el rostro de la democracia chilena.

Para los fines de este trabajo interesa destacar que sólo los capítulos que hablan de formas de disciplinamientos de la sexualidad humana, sobretodo en aspectos que recaen fundamentalmente en el cuerpo de la mujer (anticoncepción, aborto y divorcio), tuvieron impacto en la opinión pública “ello porque la familia y la sexualidad implican los territorios básicos para replantear la distribución de bienes en una sociedad. Distribución de bienes que descansa en distribución de corporalidades, cuyo peso, cuya forma, va ser re-programada, reorientada, específicamente la de mujeres y jóvenes.” (Brito). La sexualidad de la mujer se reorienta hacia el lugar de madre- virgen y esposa. Lo que implica que el aborto no podrá ingresar nunca a la agenda pública y que la realización de una ley de divorcio haya sido hasta hoy diferida en el país.

Esposa y madre constituirán los roles básicos de remodelamiento de lo femenino y orientaran en el Chile de la Transición las políticas públicas hacia las mujeres. El plan de igualdad de oportunidades para las mujeres . 1994-1999, será redactado bajo esta impronta. En materias de género, la transición democrática se aliará con la Iglesia Católica y sectores conservadores,

excluyendo paulatinamente de su interlocución a sectores del movimiento de mujeres y feministas, siempre más cercanos a posiciones laicas y socializantes..La letra del obispo está implícitamente realizando una interrogante a la concepción de la feminidad y reconociendo el peligro de su desborde, del escape a su control.

No será entonces banal que el 27 de enero de 1992 el primer presidente de la transición, Patricio Aylwin plantee en una ciudad del norte de Chile, frente a un grupo de jóvenes, la necesidad de estudiar la realidad de la familia para diagnosticar su realidad y sus problemas para estudiar la manera de buscar soluciones. Tampoco es sorprendente que tres años más tarde con motivo de la Cuarta Conferencia Mundial de la Mujer (CCMM) de Beijing, cuando se trataba de aprobar el documento de gobierno a dicho evento, volvieron a romperse los consensos políticos articulados desde la coalición de gobierno; Haciendonos cargo de las variables y diferencias en las distintas situaciones que han escenificado las negociaciones simbólicas en torno a lo femenino, la repetición de un mismo énfasis , nos permite leer una voluntad política de los poderes negociadores del país, para incidir e insistir e una feminidad que, desde concepciones de género conservadoras e intransables con posiciones feministas, pueda recoger la liberalización de las mujeres siempre que estas no alteren símbolos tradicionales de la feminidad , válidos y funcionales al complejo espectro de necesidades del sistema de producción y sus políticas de los cuerpos y el trabajo.

Por ello desde que el primer gobierno democrático propusiera la creación de una oficina de la mujer (SERNAM) con rango ministerial , el cuerpo de la mujer fue expuesto como espacio político de confrontaciones entre sectores progresistas y sectores conservadores. Las política públicas implementadas desde el gobierno siempre han puesto en evidencia el doble discurso y la tensión irreductible entre un sistema de gobierno que por una parte propone Un “plan de igualdad de oportunidades” para cumplir metas modernizadoras de género , y por otra restringe y circunscribe derechos y libertades a los mandatos de género más conservadores y controladores de la diferencia sexual. Ejemplar en ello es la contradicción entre una agenda pública que excluye el aborto como problema de salud, tema de ética o realidad social, paralelamente ejerce una

discursividad que desea evitar embarazos adolescentes mientras sanciona el uso del condón y pone en tela de juicio la necesidad de impartir educación sexual en las escuelas. No es difícil, por tanto, reconocer en los discursos oficiales, la organización de un mandato de género, que re-simboliza lo femenino en la ordenanza social de constitución de familia y represión de una sexualidad libre.

Clave cultural de lo femenino, la figura de la madre emerge como signo relevante para una reorganización de lo social, para preservar la alteridad y alteración de la feminidad. Su signo articula los disciplinamientos del cuerpo de la mujer, y su simbolización releva la significación que la mujer tiene en el ámbito público y / o privado .

Trabajar entonces, las relaciones entre discursos mercadistas, discursos y políticas públicas y producciones culturales en torno a la figura de la madre abre un espectro de proposiciones a las simbolizaciones con que el signo de lo femenino- materno reinstala su representación en el neo-liberalismo chileno.

Mujer- Madre . El signo de lo femenino cultural.

Cuando Kristeva afirma que la maternidad es la única función de lo femenino a la que se le puede atribuir una existencia, señala que este pudiera ser uno de los motivos por el cual la representación consagrada de la feminidad, sea esta religiosa o laica, esté en la cultura occidental fuertemente absorbida por la maternidad. La madre modela la fantasía que alimenta el adulto-hombre o mujer- de un continente perdido , fantasía que idealiza menos la relación con la madre arcaica perdida que la idealización de una relación ilocalizable, forma del narcisismo primario ( según algunas posiciones psicoanalíticas).

La figura de la madre está en el centro de las representaciones de lo espiritual, de lo corporal, de lo social, en relación a la mujer. Históricamente, la maternidad ha demandado una permanente producción significativa Desde cualquier voluntad político-cultural de interrogar lo femenino establecido como de construir su resignificación , la maternidad no permanece intocada, más bien podría tener el lugar de una matriz desde la cual se construyen las identidades de género,

relativas a lo femenino . La feminidad se absorbe en lo maternal. Desde allí ,en nuestro continente mestizo se han resignificado sincreticamente las figuras de diosas y vírgenes de producción de mestizaje y sus identidades de lo femenino.

Por su parte la Iglesia Católica ha representado en María madre-virgen la vertiente máxima del poder de lo femenino, la feminidad y la maternidad parecen indisociables. (Kristeva) Cualquier remodelamiento de lo femenino, históricamente pasa por la maternidad. Incluso en Latinoamérica, las mujeres han escenificado sus acciones políticas desde la figura de la madre. Movimientos de las cocinas apagadas, en los inicios del movimiento obrero chileno , “ madres de la plaza de mayo “, en Argentina , “mujeres por la vida” o “movimiento de las ollas comunes “en el Chile de la dictadura; el toque de cacerolas, estruendo doméstico que transitó izquierdas y derechas para dejar escuchar el reclamo materno por el hambre de los hijos, dan cuenta de acciones políticas que portan el signo de una “ política maternal” (Montecino) como rendimientos de una política de mujeres en el espacio del poder patriarcal.

Sonia Montecino, destaca en ello su carácter alejado de las maneras clásicas de criticar o rechazar modelos políticos. La forma apelaría, sin saberlo a la totalidad de sentido que convoca la figura materna y que en su saturación de signos acompaña a la disputa por el poder con elementos que exceden la noción de la política como espacio que opera sólo en lo racional. Ana Pizarro, ha llamado “estrategias de descontextualización” a las acciones políticas de mujeres que desde su rol privado y doméstico interpelan el espacio público.

La madre. Signo en el mercado.

El neo-liberalismo chileno en sus múltiples desplazamientos hacia el mercado ha operado una reconversión de problemas, temas y espacios que antes estuvieron en el registro de la acción política, de las disputas ideológicas, de la acción social. La invasión progresiva del mercado, no ha perdonado patrimonios, identidades , ritos, ni símbolos.

Ejemplo de un mito rendido a la dinamización de su simbólica ha sido la figura de la madre. Entre otros gestos, su consagración mercadista la ha levantado re-canonizada como objeto

consumible, fundamentalmente en el “día de la madre”. Ese día ella se transforma en la Reina del mall, se la agasaja con flores y bombones para gloria del comercio.

La alianza oficial ( Estado Iglesia Mercado) ha incrementado el rendimiento de su significación con discursos que al declarar su preocupación por el estado de crisis de la familia, más ensalzan el rol, más adulan su renuncia, significándola como entrega y amor por el otro, el hijo que la completa y otorga sentido a su corporalidad. En esa escenografía de la feminidad maximizada en su ofrenda convergen discursos políticos, educativos, religiosos y mercadistas; entre estos últimos figuran indiscriminadamente, programas editoriales, promociones de electrodomésticos, ofertas de viajes familiares y otros. Las demandas feministas por derechos a la educación, a la participación en los espacios de poder; las aspiraciones a una convivencia democrática, en lo público y privado, retroceden ante la presencia poderosa del símbolo femenino resacralizado en la identidad materna, ahora por efectos del mercado. La figura de la madre se ofrece entonces para ser administrada desde las políticas del Estado como desde las negociaciones del mercado; sea para hacerla persistir en el imaginario con el signo tradicional de la virgen-madre, para vigilar el despliegue de una feminidad otra, o para controlar resignificaciones emergentes que ponen en crisis los discursos oficiales de familia y amplían lo femenino a una heterogeneidad aún sin cauce en los imaginarios dominantes.

Es en este contexto que interesa destacar la función re simbolizadora de las identidades femeninas, específicamente de la identidad materna que cumplen las producciones imaginarias. Su operación se marca mayoritariamente en la literatura donde las mujeres han logrado distintas instalaciones, tanto en espacios de crítica como de mercado. Desde su específica productividad de género, el lenguaje literario de las mujeres confirma, re-significa o destituye el signo materno, confrontando rasgos identitarios legitimados culturalmente.

Me propongo a continuación revisar algunos textos que tratan esta problemática en la escritura de mujeres chilenas reconociendo por una parte, las alianzas comerciales y simbólicas, al servicio de lo dominante, como también la productividad de textualidades que resisten discursos oficiales y ponen en crisis los cánones maternos.

Ejemplar me parece, para revisar la relación del éxito mercadista con los discursos dominantes, la lectura de los relatos testimoniales “Cartas para Tomás”, primer libro de la actriz Malucha Pinto y y el relato autobiográfico “Paula”, sexta novela de la conocida escritora Isabel Allende.

Cartas para Tomás vendió en Chile siete ediciones en un año y medio y fue llevada al teatro, con gran éxito de público, por el conocido director nacional Andrés Pérez. Paula de Isabel Allende ha sido best-seller en Chile por muchos meses,- a los dos meses de su publicación se habían vendido ya cuatro ediciones, y en abril de 1998 se contaban 22. Como ella escribe, en su éxito se ha cumplido la profecía de una adivina que le dijo: ”uno de sus hijos se recorrerá todo el mundo”, vaticinando sin duda la globalización del mercado editorial..

Ambos textos poseen el rasgo común de utilizar la figura retórica de la carta - género que se demarca por su referencia a la intimidad- para exhibir, en su escritura, el padecimiento del amor materno en la magnificencia que le otorga el dolor. Tomás es un niño que ha nacido con un grave daño cerebral que le imposibilita una vida común , mientras Paula ha sufrido a los 28 años un ataque de porfiria, enfermedad que la mantiene inconsciente, durante un año antes de su muerte.

Ambos textos escriben en el registro privado de la correspondencia la relación madre/hijo, madre/hija. La textualidad de la madre está dirigida y pertenece por derecho a su hijo, él es su natural destinatario: “Escucha Paula, voy a contarte una historia, para que cuando despiertes no estés tan perdida” (Paula). “ Tomasito, corazón de amapola, te quiero pedir permiso para publicar estas cartas. Ellas te pertenecen. Me gustaría compartir con los demás el tesoro que me trajiste”. (Cartas para Tomás) Ambos textos construyen el rol de la madre en correspondencia con el lugar de un hijo en máximo desamparo, encarnado en un cuerpo desvalido e invalidado por la enfermedad. Ambas, madres- vírgenes purificadas en el dolor, reproducen la figura de La Pietá en una diada que re-escribe la relación madre/hijo como relación humana universal, trabando en ello las relaciones del hombre y la mujer, de la madre con el hijo de Cristo con la humanidad. El hijo cumple en ambos textos el sentido de cohesionar el relato familiar y construir su unidad. y su valor social : “Estás vivo entre nosotros como uno más de la tribu” (Cartas para Tomás).



Desde esa coordenada la madre emerge y se constituye en centro. Centralidad que al construirse por la imaginización de la vida del hijo, en el camino de éste, construye una simbiosis que marca la plenitud de su identidad en lo materno ; la madre y el hijo vuelven a ser uno, como antes del nacimiento, como en la comunidad anterior a toda ley : “ desde ese momento la vida se detuvo para ti y también para mí, las dos cruzamos un misterioso umbral y entramos a la zona más oscura.”, para reiterar una y otra vez : “Sólo existes tú, hija, y el espacio sin tiempo donde ambas nos hemos instalado” (Paula).

La carta es, en ambos casos el relato que construye la vida de la madre, el destinatario se vuelve pre-texto para escenificar la grandeza del amor y la determinante de un rol que constituye su única identidad de mujer reconceptualizada en el darse al otro, en la renuncia y la entrega a la necesidad del hijo; en la abnegación y la renuncia de sí misma; en la aceptación cristiana del dolor, como forma que consuela y desplaza su padecimiento al lugar de lo sublime.

En ambos textos se construye una madre- modelo, ejemplo de mujer en su feminidad y , ejemplo para la la humanidad en su rol social, esa condición ejemplar de madre se corresponde en el texto con la condición privilegiada del hijo; uno constituye al otro. La singularidad del hijo se vuelve don, bendición de Dios que se extiende a la condición elegida de la madre. La madre emblematiza, en lo sublime de su amor, la renuncia, la aceptación del dolor por, el anuncio de su condición privilegiada.

Cartas para Tomás termina así diciendo: “ Al final quedamos los que, aquel día en que la vida nos dio su golpe en todo el cuerpo, no acusamos a nadie. Ni siquiera a ella. Mucho menos a Dios. Sólo nos detuvimos a mirar la herida. Entonces vimos avanzar a los siete arcángeles, alargar sus lenguas y limpiarla, limpiarla, limpiarla. De ella salió nuestra mejor flor y a nuestra cruz le nacieron alas” .

El gesto escritural de estos textos reproduce la identidad materna ligada a la identidad de María. En ellos la diada Virgen y Madre hace re-emerger en la figura históricamente trabajada por el cristianismo la centralidad de lo materno como identidad legitimada y socialmente avalada de la mujer.( Kristeva).

La promoción editorial y el éxito que garantiza el mercado enfatiza la legitimidad del signo que construye con la super producción que aglutina la sujeto biográfico que escribe ,vale decir entrevistas de prensa y televisión, reportajes, reseñas, expandiendo su signo en los distintos mercados que cuentan con el aparato multimediático de instalación y su reticulado de productividad.

Estos discursos, coincidentes con los que distribuyen las galerías comerciales en el día de la madre, en las múltiples teleseries que invaden los hogares cada tarde, en los diversos programas comunicacionales y finalmente en los discursos dominantes, se reafirman como producto de identidad que en una multifacética producción publicitaria se dirige a la mujer, sujeto de gran poder consumidor.

Sin embargo frente a la maquinaria publicitaria de los textos testimoniales analizados y su rendimiento dominante, otra productividad cultural crítica emerge en la ficcionalización de la figura materna. Producción que no alcanza a tener la recepción masiva de las alianzas que se construyen desde los poderes dominantes.

A la conformación del signo virgen-madre legitimado por la tradición cristiana, en la cultura occidental se contraponen desde los lenguajes y proposiciones estéticas emergentes, la crisis del símbolo materno. En los múltiples registros que construyen las ficcionalizaciones de la figura de la madre, en la narrativa actual, se la interroga, se la pone en tensión con otras identidades femeninas para hacer emerger su crisis y su destitución como única figura con-sagrada de lo femenino.

Explícitos son en este sentido tres cuentos de la antología **Salidas de Madre** publicada por Ed. planeta. Me refiero a los cuentos “Consagradas” de Diamela Eltit., “Juego de Cuatro Estaciones” , de Lilian Elphik y “Función Triple” de Lina Meruane

Estos cuentos escritos desde la mirada de la hija, tensan con otras identidades femeninas el símbolo materno que hemos constatado en los textos testimoniales anteriormente revisados. Estos cuentos por el contrario ficcionalizan una relación madre/ hija jerarquizada y castradora cargada de una odiosa y odiada huella experiencial.

Diamela Eltit trabaja la relación madre / hija en el significante cristiano de “la consagración”, ritualizado en la Santa misa. La escritura critica la consagración aceptada del canibalismo amoroso que protocoliza el orden familiar. La escritura escenifica en los gestos maternos, una función social que engulle y mutila a la hija, cercándola en lo reproductivo que la reprime y en su vigilancia suprime su productividad simbólica.

Desplegando sentidos de lectura por el juego simbiótico de las consanguinidades que se nutren, se declara “yo toda mi soy sangre de tu sangre”. La escritura de Eltit dice del ritmo persistente de la autoridad generacional de la madre, en la permanencia temporal de una relación no resuelta entre dos mujeres en pugna, madre e hija. La salida propuesta por Eltit en la resolución de este cuento es la escritura como espacio de producción simbólica, de transformación del rito devorante en escritura de la historia entre dos mujeres.

Por su parte los cuentos “Juego de Cuatro estaciones” y “Función Triple” coinciden en proponer una otredad familiar al trabajar relaciones entre hermanas, en ausencia de una figura materna. La escritura de juegos de corporalidades, sus disfraces, sus cosméticas alternan y alteran el orden de lo materno, para lúdicamente inaugurar un mundo sin jerarquías familiares, donde emerge una identidad femenina que amplía la concepción materna tradicional a la figura pluralizada de la madre-hermana. Es ella la hermana quien en múltiples sustituciones y atribuciones opera la salida de escena de la figura materna.

En ambos cuentos la fraternidad, en su alteradora alternancia proponen una salida a la jerarquía familiar en un orden social sin figura materna. Desde los posibles efectos de sentido que opera la mencionada antología se podría leer la crisis de lo reproductivo que históricamente ha propuesto la identidad materna como signo de lo femenino. La hija aparece en alguna de estas escrituras como como ruptura y búsqueda de la escritura, como desplazamiento, como lugar posible de quiebre al ritmo del rol instituido.

La relación madre/ hija emerge alterada en la dislocación de un vínculo insatisfactorio para ambas; en su indiferente diferencia el vínculo se produce como un estallido que astilla el poder materno en partículas irreconciliables con el símbolo cultural. que ordena el deber ser de la madre.

La lectura de estos cuentos opera una pregunta : ¿dónde está la madre? ¿ cuál es su lugar hoy en el tejido familiar, donde se ha metido esa figura sagrada, mito que preserva la institución familiar; La hija ejerce la interrogante desde su experiencia con una “mala madre” o también “madre ausente “ atributo cultural del padre. La madre se ha distanciado de su rol social y la muerte o la distancia ya sin escucha de ella, hacen emerger la evidencia de ella como lugar posible de (in) comunicación .

Asimismo interesa la perspectiva narrativa desarrollada en el cuento “Artemisa” de la escritora Pía Barros, que da cuenta de la experiencia de un psiquismo femenino asqueado de las transformaciones y funciones maternas del propio cuerpo . El cuento invita a profundizar en las asociaciones y vivencias maternas y motiva a descalzarse de las opiniones estructuradas en torno al “deber ser” de la madre“ (Citado por Olga Grau en Disc genero poder).

Las novelas testimoniales, que he revisado textualizaciones de experiencias maternas en el límite de la exigencia al símbolo cultural, han puesto en exhibición su servicio a la consagración del signo, en el neo liberalismo actual. Serviles a la ideología materna dominante, su recepción y circulación en el mercado fluye masivamente como producto de alto consumo avalado por la fabricación autoral que sustenta en la vida real la producción de identidad femenina que en el sufrimiento dignifica y sacraliza el rol social. Las políticas públicas hacia las mujeres avalan su vigencia.

Será, en cambio, desde los circuitos minoritarios de una producción emergente desde donde se propone críticamente las fisuras al rol materno, desde otro deseo femenino. Frente a un movimiento social de mujeres aplanado por las negociaciones y poderes que disciplinan lo femenino, lo literario en su producción significante, emerge como espacio de respuesta, relevando la producción textual como práctica política eficaz de resignificaciones de identidad de género, en la dispersión y fragmentariedad que vive la sociedad chilena

## Bibliografía.

Garretón Manuel.A. Hacia una nueva era política. Estudio sobre democratizaciones. Chile .Fondo de Cultura Económica,1995.

Moulian, Tomás. Chile actual. Anatomía de un mito. Santiago.Lom-Arcis. 1979.

Thayer Willy. La Crisis moderna de la universidad no moderna. Santiago. Ed. Cuarto Propio.1996.

Kristeva, Julia. “Stabat Mater en Historias de amor. México . S. XXI,1987.

Pizarro, Ana. “Las casas, La otra mirada” en De ostras y caníbales. Santiago. Ed. Universidad de Santiago,1994.

Montecino, Sonia. Madres y huachos. Santiago, Ed. Cuarto Propio.1991.

Grau, Olga y otras. Discurso Género y poder. Santiago . La Morada Arcis-Lom, 1997.

Documento de acuerdo del senado con relación a la posición de Chile en la CCMM. diario el Mercurio . Agosto de 1995.

Allende Isabel . Paula. Buenos Aires. Sudamericana. 1994.

Pinto Malucha. Cartas para Tomás. Santiago.Sudamericana. 1997

Orellana, Carlos Editor. Salidas de madre. Santiago . Ed Planeta. 1996.